

La enseñanza religiosa en el ciclo inicial: El niño ante la novedad de sentido

JOSÉ M.^a MARTÍNEZ BELTRÁN

La renovación educativa actual afecta sobre todo a los programas, pero, en el fondo, intenta una mayor adecuación de contenido y método al momento evolutivo que los niños atraviesan. El Ciclo Inicial reviste el carácter especial de «iniciación» del alumno a las distintas formas de experiencia y expresión que integran la totalidad personal en contacto con los primeros descubrimientos del mundo por la vivencia del mismo.

Las distintas áreas, Lenguaje, Matemáticas, Experiencia socio-natural, etc., son los determinantes de contenido y método de ese primer encuentro del niño con el mundo. Un mundo de realidades, pero también un mundo de fantasías y de simbolizaciones que le llevan a lo que no se ve y, sin embargo, existe: lo trascendente. Las «Enseñanzas de la Religión y Moral católicas» son como el componente de dicha trascendencia, la apertura al misterio y al Mensaje cristiano en lo que tiene de configurador de las demás realidades.

La visión personalista del hecho educativo nos ayuda a mirarlo no como un cúmulo de niveles mínimos que se han de impartir a quien no posee ningún conocimiento. Ciertamente, puede ocurrir que el niño no tenga formulaciones para definir lo que le vamos a enseñar, ni conocimiento de contenidos y destrezas que queremos desarrollar en él. Pero lo educativo nos lleva más allá: existen en el niño expectativas, interrogantes, que son como

el componente básico de disposición para el aprender y sin los cuales el aprendizaje se realizaría con dificultad y, seguramente, sin significado.

Pero la pregunta que el niño trae a la escuela rebasa lo concreto, no es ya el cúmulo de preguntas con que sorprendía a sus padres a los cuatro años, es una pregunta total al mundo que ahora se le muestra por vía de comprensión inteligente. Por eso, la respuesta educativa es también total, es decir, respuesta que va directamente a dar significados de vida, aperturas nuevas a las realidades que el niño vive y a las que hasta ahora se ha acercado única y exclusivamente por el camino de la afectividad.

Y es aquí donde entramos en el núcleo de lo que quiere ser nuestra breve reflexión. Contenido y método se funden en una sola realidad educativa: la afirmación del contenido se realiza en la realidad de relación. El maestro afirma y enseña, pero sensibiliza y da significados en el contacto relacional, único capaz de construir estructura de conciencia. Y educar es eso, estructurar la conciencia de los niños por la vivencia de la realidad que en ellos se suscita, es decir, por el significado que intuyen y aprenden.

Lejos de hacer un tratado sistemático de nuestra afirmación, la reduciremos a unos enunciados fundamentales y progresivos, que destaquen entre la intrincada realidad psicológica y pedagógica del Ciclo Inicial.

1. EL CICLO INICIAL ES EL PRIMER ENCUENTRO DEL NIÑO CON EL MUNDO A TRAVÉS DE LA NOVEDAD DE SENTIDO

La primera infancia está caracterizada por la relación afectiva del niño con su mundo entorno y, como tal, esa relación es egocéntrica: el niño es la medida de todo, sus intereses el punto de referencia total. Es la herida narcisista, permanente, incluso, en los adultos en formas abiertas o solapadas de egoísmo, cuando no se supera la actitud egocéntrica a partir de la adolescencia. El adolescente ha de descubrir definitivamente al otro y ha de salir de sí mismo por la donación amistosa y amorosa. Pero esta conquista de la maduración se realiza progresivamente en momentos evolutivos específicos.

La niñez media —coincidente, aunque no en su totalidad, con el Ciclo Inicial— inicia la ruptura del egocentrismo. El niño, ya escolarizado, establece una nueva relación con el mundo por el descubrimiento racional. Mira y López llama a este momento el de la «noopsique», ya que las operaciones mentales y la actividad intelectual comienzan a privar sobre la actividad motriz regulada por la afectividad.

La ordenación de las operaciones mentales da al niño nuevas relaciones de sentido al ver la relación que existe entre las cosas. Unas veces es el pro-

fesor quien las desvela, pero no se puede olvidar la capacidad infantil de establecer esas relaciones de modo intuitivo: el niño ya no opera sólo por recuerdos, se le ocurren ideas. Son operaciones mentales interiorizadas por la comprensión, que sigue a la manipulación de las cosas; no olvidemos que el niño está en el período de las «operaciones concretas», así estudiadas por Piaget y Wallon.

Pero lo racional no es exclusivo. El niño colorea todo con su subjetivismo, con sus intuiciones, con su referencia a experiencias anteriores. Definirá las cosas no con los elementos culturales de los adultos, sino por referencia a sus intereses o experiencias prácticas, lo cual nos hace esperar que sean definiciones sin claridad, fluctuantes e imprecisas, como lo son sus mismas experiencias y vivencias infantiles.

El educador y el catequista conocen bien y son tolerantes con la ambigüedad, toleran la expresión concreta de los niños (La primera Comunión es «cuando mi hermano se puso traje», la enfermedad es «cuando estuve en la cama con fiebre»...) y tratan de extraer y de añadir elementos que vayan lentamente desprendiéndoles de su «lógica concreta». Y en medio del flujo y reflujo de los procesos mentales hemos de señalar la importancia decisiva de la estimulación afectiva: el niño ha de sentirse libre para expresar, definir, relacionar..., pues en ello se cifra el acercamiento total del niño al conocimiento.

Las bases de Programación Religiosa tienen bien en cuenta esta realidad psicológica cuando, para llegar a temas como «Dios de la vida», «La fiesta cristiana», «Colaboradores de Dios en la Creación», etc., parten de realidades, tales como: El agua que vivifica, el circo y su fiesta, los oficios y trabajos... y de la resonancia que en los niños tienen.

2. EN TODO NIÑO EXISTE UN IMPULSO DE ESTRUCTURACION PERSONAL. LA EDUCACION LO REFUERZA O LO SACRIFICA

Algo que no se puede negar del niño es la presencia de sus propios intereses, traducidos a veces en su curiosidad y a veces en sus incesantes preguntas. Durante la niñez media, esos intereses sufren una gran transformación: si antes estaban determinados por estados subjetivos, ahora están objetivamente determinados por las cosas y su conocimiento.

Si se acepta esta realidad de intereses, se concibe la educación como una auténtica «epigénesis»: no se trata de partir del ser y de su concepto, cuanto de la creación continua del ser por sí mismo. El principio epigenético de E. Erikson lo afirmó rotundamente al decir que todo individuo tiende a realizarse lo más perfectamente posible como individuo de una especie, a menos que algún factor externo se lo impida o dificulte. El medio escolar puede

reforzar ese principio, o, por el contrario, servir únicamente para inhibir o sacrificar la fuerza creativa del individuo.

Partir de este acto de fe en el niño es esperar su pregunta y su respuesta dentro del marco de referencia creado por la escuela y por su artifice, el educador. Lo cual implica que el educador parte de la fe en sí mismo y de la confianza en su propia capacidad de auto-realización.

Junto a esta emergencia continua de la curiosidad y la pregunta, la niñez media marca el momento de la aparición de los sentimientos noéticos o sentimientos producidos por el conocimiento de las cosas: admiración, asombro, duda, convencimiento... los cuales refuerzan la actitud de búsqueda y son el soporte para la creatividad. La admiración es parte de la respuesta a lo que se pregunta, y una nueva pregunta sobre el sentido de lo que se admira.

Y junto a la capacidad admirativa surge en el niño la sugestionabilidad. Los juicios emitidos, los relatos, las experiencias nuevas... lo introducen en el mundo misterioso de lo nuevo. Y en medio de esta psicología infantil, intuitiva, inquisitiva, sugestionable... es donde aparece el hecho religioso con toda su carga de novedad, de sugestionabilidad, de misterio. Y también en lo religioso es preciso que el niño se haga su pregunta y se dé su respuesta, que oiga la respuesta del educador, que la descubra en la Palabra de Dios, que la relacione con su vida.

Los lugares de programación son abundantes en acercamiento al misterio: Dios creador, cercano a los hombres, «vosotros sois mis amigos», Dios hecho hombre, Jesús resucitado vive para siempre, etc. El catequista desconfía de la comprensión racional que el niño puede tener de estos temas, y hace bien, pero confía en los procesos intuitivos, en las percepciones y representaciones, en la actitud creada en el niño, y sabe sentirse necesario en la transmisión del mensaje cristiano, Buena Noticia de vida y de amor.

3. EN LA PRIMERA EXPANSION DEL HORIZONTE INTELECTUAL HAY UNA REALIDAD QUE VA MAS ALLA DE LO ESPERADO

La ruptura del mundo egocéntrico infantil, al que hemos aludido, permite al niño iniciar una relación distinta con la realidad material y personal. Las cosas ya no son objeto de dominio, ni las personas lo son de manipulación afectiva; los conocimientos le brindan la oportunidad de descubrir el universo y de construirlo de un modo objetivo, y las personas le ofrecen tal variedad de lazos de relación que con ellas puede elaborar toda una gama de relaciones difícil de conseguir en el reducido espacio interpersonal de la familia.

Esta «metamorfosis intelectual» es la que preside y ordena, según Piaget, todo el proceso evolutivo de la segunda infancia y quien hace posible la cons-

trucción del universo objetivo y la localización, lo que equivale a la formación de la conciencia, ya que por ella entendemos la vivencia profunda de la realidad, más que su reducción a esquemas mentales más o menos dotados de significado.

Ambiente, naturaleza e historia son los tres soportes del contenido programático de la EGB, y a través de ellos se intenta que el niño se integre en el mundo y adquiera su propia identidad, así como un marcado carácter histórico: ser sí mismo en proceso de evolución con los demás, responsable de sus actos y partícipe de la responsabilidad constructiva de los otros.

La programación religiosa del 2.º Curso corresponde a estos planteamientos de la psicología. Se trata en este curso de descubrir la vida desde la perspectiva cristiana: Dios quiere que seamos felices, que seamos hermanos, que construyamos el mundo, la naturaleza nos habla de Dios, etc. El descubrimiento que el niño hace de estas realidades le lleva más allá de lo esperado, de lo intuido, y ha de provocar en él el gozo creador de sentir que sus preguntas no pueden acabar, que siempre hay una sorpresa, que merece la pena seguir preguntando, pues siempre hay respuestas gozosas que llenan y sobrepasan sus expectativas.

La escuela ha de constituir una experiencia total para el niño, y al decir total queremos expresar el triple componente que la constituye: conocimiento racional de los contenidos, motivación afectiva y participación activa en aquello que aprende. El área de formación religiosa reúne las condiciones óptimas para proporcionarle dicha experiencia, pues le descubre la realidad con dimensiones trascendentes, le llama incesantemente el entusiasmo de la vida cristiana y le permite participar activamente en la comunidad infantil, de la que toma conciencia ante el mensaje cristiano de solidaridad.

4. EL DESPERTAR INTELECTUAL ANTE LO RELIGIOSO INICIA EL CICLO VITAL «PREGUNTA-RESPUESTA»: ES EL LUGAR DE LA PALABRA DE DIOS

La educación religiosa del niño requiere atención especial a los tres componentes de la «religión»: creencias, sentimientos y comportamientos. Resulta difícil concebir una auto-orientación religiosa que llegue a la síntesis personal de dichos componentes, ya que pensamientos y sentimientos religiosos forman un conjunto estructurado que requiere ser «orientado», según afirma A. Vergote.

El Ciclo Inicial, como todo el período de formación, ha de partir de una intencionalidad religiosa y tender a realizarse en ella. La complejidad del hecho religioso se traduce en la atención, desde esa intencionalidad, a las creencias o contenidos doctrinales, al sentimiento religioso «orientado» desde la ca-

tequesis, y a la praxis como respuesta al encuentro con la realidad trascendente.

En la situación catequística del Ciclo Inicial nos encontramos ante una doble realidad de cada niño: una realidad exterior y otra interior. La realidad exterior se hace más visible y manipulable en sus variables: es accesible a su programación, sometida a leyes de aprendizaje, y evaluable en los resultados del adiestramiento o modulación de comportamientos. La realidad interior es también accesible a la orientación, pero solamente desde la creación de un marco de referencia que motive al niño hacia lo religioso, que mantenga la apertura de intereses e interrogantes que es peculiar a su edad, que dé cumplimiento a las necesidades infantiles, y que le desvele lo misterioso y real de la acción de Dios.

Será, pues, importante ayudar al niño a vivir esa doble realidad en la síntesis de su conciencia. De lo contrario, se llegaría a la malformación por cualquiera de los extremos: o bien por la concepción de lo religioso como una materia más, lo cual equivaldría a dar respuesta a todo sin haber surgido previamente la pregunta, o bien por quedarse en el plano afectivo favoreciendo el surgir de preguntas que no encontrarían respuesta racional, lo cual llevaría progresivamente a lo religioso como fuente de angustia.

Conviene distinguir que la pregunta infantil no siempre tiene su formulación verbal, va muchas veces impresa en su actitud y expresada de muy diversas maneras. Cada vez que el niño nos da signos de dependencia, de confianza, de miedo ante lo extraño, de asombro, de culpabilidad, de gozo por su participación en cualquier tarea... está expresando su pregunta, ya que esos sentimientos y actitudes son las fuentes primeras de lo religioso. Y es ahí donde él mismo busca la respuesta, y donde el educador tiene la suya. La Palabra de Dios puede encontrar en esos momentos su oportunidad de iluminación y de respuesta: es gozo en el miedo, confianza en la culpabilidad, seguridad en la dependencia, etc.

El objetivo de la formación religiosa escolar, «incluir la dimensión religiosa en la formación integral humana del niño» (Orientaciones Pastorales, 11-VI-1979) tiene, desde la concepción psicológica, un gran índice de exigencia. Se trata de acompañar al niño en su primera evolución religiosa, a partir de las realidades psicológicas que denotan la existencia de las «fuentes» primeras de lo religioso. Luego viene la «primera elemental sistematización del mensaje cristiano», la «iniciación en sus líneas más básicas de la formación de la conciencia moral del niño», «iniciándole a la celebración festiva y comunitaria de la fe cristiana» (Bases de Programación, julio, 1980).

5. YO, TU, NOSOTROS: ES EL AMBITO DONDE SE HACE POSIBLE EL APRENDIZAJE DE LA FE, CAMINO DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

La edad de los siete años señala el momento de la primera edad del grupo, o sea, la capacidad de acercamiento a la realidad de los otros por lo que tienen de común: intereses, caprichos, necesidades. Pero el niño no ha llegado todavía a un grado suficiente de estabilidad, por falta de individualización, como para asegurar la permanencia y consistencia del grupo. Sin embargo, esta primera posibilidad grupal resulta importante para la educación en el Ciclo Inicial.

Ser individual y ser social; dos aspectos inseparables de la educación. La formación del individuo se lleva a cabo por la socialización metódica, y es en el grupo donde el niño configura los límites de su propio yo, da forma a sus comportamientos e interioriza normativas de conducta. Formar el ser social en cada persona es el fin de la educación, un ser integrado por «las creencias religiosas, las opiniones y las prácticas morales, las tradiciones nacionales o profesionales, las opiniones colectivas de todo tipo» (E. Durkheim, Educación y Sociología).

La catequesis de niños ha de cuidar de modo especial la dimensión socializante, la creación progresiva de la conciencia del «nosotros», como medio para ayudar a superar el egocentrismo, para dar a la formación religiosa la dimensión comunitaria que le es esencial, y para evitar de modo evolutivo los elementos parásitos que naturalmente conlleva lo religioso en la infancia: permanencia y proyección de figuras paternas, refuerzo de temores infantiles, concepción mágica de lo religioso, individualismo...

Superación del egocentrismo y aparición de situaciones y actitudes de «compartir» son simultáneas. La eficacia de la oración, la celebración festiva de los sacramentos, los ritos... vendrán condicionados, quizá para siempre, según la dimensión que en esta edad se les haya dado. A veces, incluso en el adulto, es víctima de la permanencia de elementos mágicos en su praxis cristiana, cuando en su iniciación ha faltado la conciencia de comunidad, de compartir, de una fe que nace junto a la de otros niños. El egocentrismo es tan sutil que se infiltra hasta en la concepción de Dios.

Cuando asomamos al niño a la realidad cristiana, o a la Palabra evangélica, lo hacemos testigo de situaciones de donación total, de sacrificio, de amor, etcétera. El niño intuye motivos para convivir, para ser generoso, para «vivir como hermano de los otros», para saber que la Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios. (Cf. Bases de Programación.)

La educación goza de grandes posibilidades para el adiestramiento y la flexión de los niños en y sobre su propio proceso de socialización: ayudar

y ser ayudado, dar y recibir, compartir y necesitar... Pero el educador sabe que todo esto tiene su limitación, pues cada rasgo evolutivo tiene su momento; el Ciclo Inicial se ha de concebir en lo que tiene de iniciación, no de definitivo. Socializar con miras a la posterior conciencia de comunidad, ayudar a compartir en espera de la llegada de la capacidad de donación, crear actitudes religiosas en espera de la maduración de la fe, etc.

6. EN LA PEDAGOGIA RELIGIOSA DEL CICLO INICIAL, METODO Y CONTENIDO SE FUNDEN EN LA DIMENSION TOTALIZANTE E INTEGRADORA DE LA PERSONA

No quiero caer en el clásico magistrocentrismo, pero sí afirmar la importancia del educador en la evolución de los niños. Dejando aparte otras consideraciones de fondo, las Disposiciones ministeriales le confían la elaboración de las unidades globalizadas, la concreción de los objetivos educativos y de contenido, y la programación a partir de las líneas directrices.

El educador es la figura en la que se opera la síntesis entre contenido y método. La doble competencia en la que el educador se mueve —competencia de contenidos y de relación interpersonal— le permite ayudar al niño en la integración de su conciencia y en su propia motivación por la relación afectiva. La escuela no puede ser un desierto afectivo, el educador está dotado de un marcado carácter testimonial y sirve de oferta de identificación para el niño.

Los contenidos y la relación despiertan las energías vitales de los niños y les dan oportunidades únicas para vivir experiencias totales, el entusiasmo en el aprender y el placer inicial de ser personas. En definitiva, educar es llamar continuamente a la conciencia y tratar de hacerlo desde dentro de ella: conciencia motivada, conciencia que se estructura, conciencia que vive su propia realidad. Y es aquí donde método y contenido, por separado, se hacen insuficientes y limitados; han de llegar a ser una misma realidad si quieren llegar a las personas con significado.

Dar los primeros pasos en la fe no consiste en aprender los rudimentos de la doctrina, sino en participar de una vivencia. El educador cristiano sabe bien la importancia de su palabra, de su atención al alumno, de su propia sensibilidad a lo religioso. Pero intenta que esa palabra, atención o sensibilidad lleguen como experiencia a sus alumnos. ¿Palabra religiosa o profana? ¿Atención o experiencia cristiana o profana? Poco sentido tendrán estas preguntas cuando, en la globalización de la cultura y lo religioso, todo sirve de experiencia de vida, de comunicación en la totalidad personal. Insistimos, con las Bases de Programación, que se trata de incluir la dimensión religiosa en la formación integral del niño.

No se podrá diferenciar, por tanto, enseñanza religiosa y catequesis durante el Ciclo Inicial. El educador ayuda la reflexión, invita a la contemplación, enseña a partir de la experiencia, inicia en el contacto con Dios. Y si no lo hace, si cree que su misión es sólo enseñar, no sólo recorta su enseñanza religiosa, sino que no responde a la expectativa interna del niño, ni a su momento evolutivo.

Si hemos admitido desde el principio que el niño del Ciclo Inicial está realizando su primer encuentro con el mundo a través de la novedad de sentido, hemos de admitir también que la educación religiosa, desde la referencia a la Buena Nueva de Jesús de Nazaret, amplía el significado de la cultura y de la vida hasta límites de resurrección. No es preocupación para los educadores el hecho de la limitación comprensiva de los niños, pero sí lo es la realidad insospechada de su capacidad intuitiva; por eso los quieren educar, porque intuyen.

VICTORIANO GARCÍA LATA

Acercarnos a hablar de Dios conlleva, como seriedad fundamental, explicar el contenido al cual corresponde dicha realidad.

Para que la Buena Noticia resulte accesible a los hombres de hoy, ha de darse un esfuerzo por encontrar el modo como se puede y se debe expresar, en términos nuevos, no cansados y fríos, la fe antigua, que proclamaba: «Dios es Dios Padre Todopoderoso, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor».

1. EL HOMBRE JESUS DE NAZARET NOS REVELA A DIOS

Para el hombre judío Jesús de Nazaret y para sus compatriotas Dios era algo evidente: habían nacido, crecido y vivido dentro de un espacio de «creación» de Dios. Día tras día recitaban, en forma de oración, la antigua profesión de fe judía:

«Escucha, Israel, Yahveh, el Señor, es nuestro Dios, el único Señor...»
(Dt 6, 4 ss.)

Sin embargo, Jesús hablaba de Dios de una manera fuera de lo corriente: como un hijo habla de su padre, directamente, sin timidez, sin distancia, sin reserva. Los judíos se dirigían a Dios como Señor del cielo y de la tierra, como Dios de la Alianza, como el Padre celestial. El modo de Jesús resultaba chocante, nuevo, inaudito, casi irreverente, por lo mismo: